V

Un joven alto, elegantemente vestido con traje de campo, guante negro y una cinta encarnada en el ojal de la americana, saludó á las dos señoras.

Enriqueta notó en el Conde la misma turbación que había observado en Gilberta: —«Se conocen»— dijo para sí.

El Conde, aunque próximo á cumplir sus treinta años, no representaba más que unos veintitrés. Era rubio, delgado, de fisonomía triste y de mirada penetrante. Ducasse hubiera pasado por ser su hermano mayor en lo físico como en lo moral. El Conde era sumamente galante; pero muy reservado, dejando ver en todos sus movimientos la elegancia que distingue á ciertos hombres de la aristocracia cuando ésta va acompañada de una sólida instrucción. Tenía aspecto de militar, y se le hubiera tomado por un oficial de caballería, perteneciente á la clase noble, en traje de paisano.

Se sentó en un sillón enfrente de la señora Herblay, y ésta, con marcada intención, se apresuró á presentarle á Gilberta, aparentando extrañeza al oír la respuesta del Conde:

—¡Oh! Tengo el honor de no ser desconocido para esta señorita.

El joven la preguntó por el comandante, de quien era amigo desde el 70, en que había tenido la dicha de servir á sus órdenes.

—¡Desde el 70!—dijo Enriqueta.—¡Seríais muy joven entonces!

—Tenía dieciocho años, señora.

—¿Y qué graduación?

—Ninguna. Fuí simple voluntario.

Y mirando á Gilberta, sonrió con melancolía, añadiendo:

—Sería un ingrato si olvidara que vuestro tío me concedió los galones de sargento. ¡No los llevé mucho tiempo!...

—¿Los devolvísteis después de la paz, porque no queríais servir á esta *horrorosa* República?

El *Pitt* hembra acentuó estas palabras con cierta malicia, pero con la sonrisa en los labios.

—No. Los hubiera conservado; pero al día siguiente, cuando tenía ya derecho á coserlos en la manga de mi capote, una bala me hirió y fué preciso llevarme á la ambulancia.

Después, con una expresión singular, añadió:

—¡Hubiera obrado más cuerdamente permaneciendo en el regimiento una vez curado! Y como para distraerse de alguna idea triste, habló de otra cosa. Sacó del bolsillo una cartera, y cogiendo de ella un sobre, se lo entregó á la señora de Herblay, diciéndola que se consideraba muy dichoso en cooperar á la buena obra, iniciada por ella, de abrir una suscrición para dar trabajo á los pobres de la localidad.

Enriqueta abrió el sobre: ¡Quinientos francos!

El señor de Montbrun se mostraba verdaderamente espléndido. Merecía ser nombrado miembro de la Asociación.

—No hagáis tal cosa—dijo el Conde.—Os lo ruego. Si puedo ser útil tendré el mayor gusto en hacer cuanto esté de mi parte; pero que mi nombre permanezca oculto. Os lo suplico.

Enriqueta, que todo lo atribuía á la política, meneó la cabeza.

—Comprendo. No queréis apoyar ostensiblemente á mis radicales.

—Os aseguro, señora, que no me ha preocupado la opinión de vuestros protegidos; y estoy seguro de que vos no os detendriaís, tratándose de una obra de caridad, á averiguar cómo piensan los infelices á quien queréis proteger.

Gilberta, conmovida al oír los términos tan dignos en que se expresaba el Conde, le miró cariñosamente, encontrándole más triste, más pálido y más delgado que cuando le vió la última vez en la

fonda de Trouville, adonde su tío la lle-vara para distraerla.

Había trascurrido ya un año; pero aquella fecha no debía borrarse nunca de su memoria. Parecíanle los más felices de su vida aquellos días pasados en la fonda, bajo el mismo techo que el Conde, á quien la casualidad condujo, no tan sólo á la misma fonda, sino que también á su lado en la mesa redonda.

Al principio cruzáronse muy pocas frases entre ambos jóvenes; pero la desgracia ocurrida á unos pobres pescadores los atrajo por un común sentimiento, estrechando más y más los lazos de la amistadque ya se profesaban.

El Conde y Gilberta se encontraron también el uno al lado del otro, como en la fonda, á la orilla del mar, con el corazón oprimido y las lágrimas en los ojos, viendo la barca de unos infelices pescadores próxima á sumergirse bajo montañas de espumantes olas.

Fué tanta la tristeza que experimentaron las personas allí reunidas, que no se oían más que súplicas dirigidas al Hacedor, por la salvación de aquellos desgraciados.

Gilberta, el Conde y el comandante parecían movidos por un mismo sentimiento y atormentados por la misma idea.

¿Qué hacer para salvar á aquellos infelices? Furtivas lágrimas se desprendían de los ojos de ambos

jóvenes mientras que elevaban sus plegarias al cielo.

Después de luchar largo tiempo con las olas, los salvavidas consiguieron sacar á tierra á los náufragos de la barca pescadora, perdiéndose ésta por completo.

Los que presenciaban tan triste espectáculo pasaron del mayor terror á la alegría más extremada.

Gilberta y el joven Conde, que habían visto recíprocamente deslizarse sus lágrimas por un común sentimiento, comprendieron que una simpatía secreta les impulsaba, sin darse cuenta de ello, el uno hacia el otro.

Nunca se borró aquella fecha de la mente de ambos jóvenes. Apesar de esto, el Conde estaba cada vez más triste y pensativo, pareciendo que un secreto sufrimiento le atormentaba de continuo.

La barca perdida era propiedad de un pobre padre de familia que no contaba con otros recursos para hacer frente á las necesidades de ésta. El pobre hombre estaba muy enfermo, y esta desgracia agravó aún más sus dolencias, por los golpes recibidos al chocar con unos escollos, la mucha agua que había tragado durante el naufragio y el desconsuelo que le causaba la imposibilidad de recuperar su vieja barca.

Al día siguiente se abrió una suscrición en la fonda de Trouville, iniciada por el comandante y por

los dos jóvenes. El Conde obtuvo sumas de importancia en el casino, á las que agregó una, respetable, de su bolsillo, y Gilberta entregó todas sus economías monetarias.

Grande fué la alegría de aquella desolada familia cuando, reunidos los tres amigos, fueron á entregarles la suma que habían podido obtener de las almas caritativas.

Los pobres padres y sus tres hijos se deshacían en llanto de agradecimiento. ¡Cuántas bendiciones les echaba aquella desconsolada madre, que se creía momentos antes sumida en la mayor miseria, sin más amparo que el del cielo y rodeada de un esposo moribundo y tres hijos, que por su corta edad no podían ayudarla en nada! ¡Qué honra, añadida á las virtudes del comandante, haber y contribuído, haciendo sacrificios superiores á sus fuerzas, á llevar el consuelo á una desgraciada familia, sacándola de la indigencia!

Desde aquella época era tanta la dicha que experimentaba Gilberta al ver al Conde, que el joven lo comprendió, y ¡cosa extraña! pareció aumentar más con esto su tristeza y melancolía.

Permanecían juntos siempre que se les presentaba ocasión. Muchas veces se sentaba Gilberta al piano, y deslizando sus delicados dedos por el teclado, hacía vibrar las notas con tanta melodía que Roberto se creía trasportado á un mundo desconocido...

Gilberta compadecía al Conde sin saber por qué.

Su corazón no la engañaba, sin embargo. Un dolor, más bien moral que físico, se veía reflejado en aquel triste y melancólico semblante. La joven hubiera dado con gusto la mitad de su existencia por penetrar en el fondo de aquel lacerado corazón para calmar sus sufrimientos.

Una tarde que la joven paseaba con su tío por las orillas del Gracia, por la parte de Villerville, se encontró frente á frente con el Conde. Esta coincidencia la hizo sospechar en parte el secreto de su amigo.

Gilberta se había apeado del carruaje para correr por las verdes praderas, contemplar los numerosos rebaños que pacían en aquellos valles y escuchar el murmurio de los manantiales, uno de los cuales, naciendo en medio de un bosque de cedros, se perdía en lontananza, alimentando á su paso multitud de arroyuelos.

—¡Qué perfecta es la naturaleza! ¡Cómo se eleva el alma al contemplarla! ¿No es verdad que la vista retrocede asustada ante obra tan grandiosa?...

El tío estaba conmovido y atónito al escuchar frases tan filosóficas de labios de su sobrina, encontrando que ésta había cambiado mucho, pues estaba muy alegre, durante su estancia en Trouville.

—¡Sí, tenéis razón!—dijo Gilberta, comprendiendo el pensamiento de su tío.—Viviendo en una fonda situada en paraje tan ameno y respirando am-

biente tan puro y perfumado por mil nacientes florecillas...

No pudo acabar la frase: su rostro se cubrió de una palidez mortal, y hubiera caído al suelo á no haber hecho un supremo esfuerzo para evitarlo.

A cierta distancia había visto un hombre que, retrocediendo como para no encontrarse frente á frente con el comandante y su sobrina, marchaba con precipitado paso, llevando en brazos una niña, á la cual acariciaba. Una mujer de aspecto vulgar y traje de nodriza le seguía, desapareciendo con él casi momentáneamente por un desfiladero que terminaba á la orilla del mar.

Verdier miró á su sobrina.

—Es el Conde de Montbrun—la dijo.

Gilberta, que se había quedado inmóvil, no respondió. Parecía buscar por el camino á aquellos tres seres, que aparecían á su vista como una fantasmagoría.

—¿Le has reconocido?—dijo el comandante dirigiéndose de nuevo á su sobrina.

—Perfectamente—contestó ésta. Y suplicando á su tío que subiera al carruaje, se volvieron á la fonda.

Sentía un malestar y una angustia tan grandes que parecían ahogarla impidiéndole la respiración. Un abismo insondable se abría entre ella y el Conde de Montbrun.

Ni el tío ni la sobrina desplegaron los labios en todo el trayecto hasta la fonda.

El comandante no podía comprender lo que significaba aquella huída del Conde y aquel niño en sus brazos.

—¿Por qué ocultarse de nosotros con tanta precipitación?—se preguntaba.

Al llegar á la fonda, Gilberta rogó á su tío que olvidara lo que habían visto y no la hablara más de ello. Al día siguiente marcharon á París por indicación de Gilberta, alegando que el ruido del mar no la dejaba dormir.

—Tú, de temperamento tan apacible, ¿vas á volverte nerviosa ahora?

Después de este viaje no se notó un momento de alegría en la joven. Tenía el alma acibarada y multitud de confusas ideas se agitaban, atormentándola, en su mente.

El Conde visitó al comandante dos ó tres veces durante el invierno; pero estas visitas llevaban la inquietud más bien que la tranquilidad á Gilberta. ¡No se había equivocado!... ¡Una historia, ó más bien un drama sordo y cruel, de esos que pasan ignorados de todo el mundo, debía amargar la existencia del Conde, á juzgar por su tristeza y por alguna que otra frase escapada inconscientemente de sus labios!

Sin embargo, ni la menor alusión al encuentro en las costas del Gracia salió jamás de labios de ningu-

no de ellos, y eso que Gilberta hubiera deseado recordarle hasta el último detalle del encuentro en cuestión.

La conversación del Conde, durante sus visitas al señor Verdier, se concretaba á cosas de milicia y á alguna que otra palabra cambiada con Gilberta de cosas insignificantes. Esta, por su parte, aparentaba una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Aquellos dos seres, que sufrían por una misma causa, á quienes agitaba una misma inquietud, cuando se encontraban juntos demostraban hasta la evidencia que sus almas habían nacido para unirse algún día.

La señora Herblay no necesitó mucho para comprender que se amaban en silencio. Les creyó, desde luego, digno el uno del otro, y como era en ella una necesidad irresistible el mezclarse en todo y arreglar todos los asuntos, veía ya en su mente, y la daba por realizada, la unión de ambos jóvenes. Estando en estas agradables preocupaciones la asaltó una idea: era ésta que el Marqués de Montbrun había sido propuesto por la junta legitimista como candidato probable para suceder á Charvet, y que el hijo de un Marqués legitimista era imposible que se casara con la sobrina de un candidato republicano.

—¡Qué aturdida soy!... Me había olvidado... ¡Ah! ¡Qué lástima!... ¡Y ellos parecen amarse tanto!... Pero la disciplina, la división de partidos, el deber...

¡No se debe jugar con la política!... ¡Con el amor es otra cosa!...

No queriendo ignorar nada, preguntó al Conde si era verdad que el Marqués de Montbrun se presentaba candidato legitimista.

—Mi padre se encuentra perplejo entre las instigaciones de los amigos y la promesa hecha á mi madre antes de morir de no mezclarse para nada en política.

—Sí, es verdad. Vuestra madre no creía digno de un aristócrata el ocuparse para nada del desenvolvimiento actual.

Gilberta notó en el Conde un sacudimiento nervioso cuando la señora Herblay nombró á la difunta Marquesa.

Levantóse el Conde para saludar y retirarse, comprendiendo que su visita se hacía un poco larga; pero Enriqueta le retuvo preguntándole si el partido legitimista renunciaría á la lucha, en el caso de que el Marqués renunciase á presentarse candidato.

—No lo sé, porque el partido se reserva sus intenciones.

—En caso de luchar el Marqués de Montbrun, será un adversario terrible—afirmó.

—¿Lo creéis así, señora?

—Seguramente; y si vuestro padre no se presenta, sentiremos no haber tenido la gloria de combatir á un hombre que goza de tantas simpatías y á quien todo el país quiere y respeta.

—¡Ah! Sois muy galante, señora. Mi padre sabe muy bien las fuerzas con que cuenta y no se forja ilusiones. El día en que tenga que combatir por su bandera será otra cosa.

—¿De qué bandera habláis? Sólo conozco la tricolor.

—Esa es la que yo defendía cuando tuve el honor de servir á las órdenes del tío de esta señorita.

Pronunció estas últimas palabras volviéndose hacia Gilberta y saludando á la señora Herblay. Esta, dejando la política á un lado, le acompañó con Gilberta por el jardín hasta la verja de entrada. A tiempo que iba á salir sonó la campanilla. Traian un telegrama para la señora Herblay; ésta lo abrió, y so pretexto de contestar se fué, dejando solos á los dos jóvenes.

Gilberta hizo un movimiento parasa ludar y seguir á Enriqueta; pero se detuvo ante una mirada que la dirigió el Conde, y en la cual se traslucía una súplica.

—¿Es cierto que vuestro tío se lanza á la lucha electoral?

—Sí—dijo Gilberta.—Le han dicho que era un deber, y ha obedecido.

—¡El deber de los hombres honrados es dejar á los intrigantes bogar por los mares de la política! Eso es lo que digo á mi padre, quien desgraciadamente no piensa como yo, y quien es muy capaz de

lanzarse, como el comandante, á la lucha para reemplazar á Charvet.

—Después de todo—dijo Gilberta,—vuestro padre y mi tío tienen razón. Si todo el mundo declinase este deber, ¿á dónde iríamos á parar?

—No estaríamos peor de lo que estamos.

—¿Sois pesimista?

—Quisiera no serlo; pero también desearía que no siguiéseis el ejemplo de la encantadora señora Herblay. ¿Supongo que no aspiraréis á ser una mujer política?

—¡Yo!... No lo temáis; la política me causa miedo.

—¿Entonces no cambiaréis nunca de sentimientos?

—¿Qué queréis decir con eso?

Gilberta estaba apoyada en la cancela de hierro, que se hallaba entreabierta. El sol, penetrando por entre las ramas de los castaños plantados á la entrada del jardín, daba un tinte dorado á los cabellos de la joven y un resplandor tan angelical á su fisonomía que Roberto envidió la libertad de acción del astro...

Contemplándola absorto, contestó á la última pregunta de Gilberta con una mirada tan sólo, mirada que delataba un mundo de amor y de sufrimiento.

La joven vió en ella una confesión de amor y algo del sentimiento secreto y profundo que agobiaba al Conde; pero no podía desechar el recuerdo

de aquella niñita, á quien el Conde llevaba en brazos y acariciaba, induciendo todo á creer que era su hija.

Roberto comprendió lo que preocupaba en aquel instante á la joven; la tendió la mano, y sin contestar aún á su pregunta, dijo:

—Aunque somos adversarios, según parece, decid á vuestro tío que mi amistad y respeto hacia él en nada disminuirán. ¿Se lo diréis así, señorita?

Trató de sonreir al pronunciar la palabra «adversarios,» sin encontrar después de esto más que palabras de efusión que decirla. Permanecieron largo rato cogidas las manos, confusos, sin saber qué decirse.

Gilberta, sintiendo que los dedos del Conde temblaban al estrechar los suyos, no se atrevía á retirar la mano, por temor de sacarle de su dulce abstracción.

Lentamente, sin embargo, muy lentamente, la desprendió de la del Conde, y toda confusa y con precipitación:

—Hasta la vista, adiós—le dijo, y huyó apresuradamente sin darse cuenta de lo que hacía.

Comprendía que aquel silencio era el preludio de una confesión, para oír la cual no estaba dispuesta.

El joven permaneció inmóvil, viéndola marchar, hasta que desapareció por completo. Entonces empujó la reja, y subiendo al coche que le esperaba, dijo casi bruscamente al cochero:

—¡A Melun!

El carruaje desapareció y Gilberta se sentó al piano como para distraerse y ahogar los suspiros que exhalaba su alma, tocando algunas melodías de sus autores predilectos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO